

4

En resumen: la crónica en esos países europeos de aristocracia histórica, ha sido excluyente, selectiva. Por tanto, ha solido contener muy pocos nombres. Por tanto, también, se ha inclinado generalmente a la sobriedad y a la ponderación de sucesos sociales más que individuales, sin la pretensión de ejercer una dispensación de cualidades o prestigios. La aristocracia valía por sí, ante un criterio establecido. El cronista no se creía en el caso de celebrar demasiado lo que era a todas luces tan refulgente; no se sentía quién—modesto hombre de pluma que era,— para apadrinar lo ya señorial, ni creía pertinente que su crónica extremara la nota individual, incluyendo los sucesos más íntimos y domésticos. El hogar aristocrático era un mito que convenía mantener rodeado de cierto misterio.

Por todas estas razones, la crónica, en los países mentados, ha sido de una brevedad y una sobriedad dignísimas. Ha tenido un sentido, no de servicio informativo, sino de homenaje ritual a una aristocracia de raíces, a quien los mismos franceses,—con todo y su "Democracia"—han admirado siempre profundamente. Al lector corriente y moliente, la crónica no se le imponía desde las columnas del periódico. Desdeñaba la fácil eminencia de la letra de molde y se recataba brevemente en una esquina de plana, con cierta digna esquivez.

Eso ha sido—y aún es, en líneas generales,—la crónica social en los países de aristocracia histórica. Otro día veremos lo que ha sido entre nosotros y por qué.

GLOSAS *Junio 9/32*

RANGO Y DINERO

Junio 9/32 — *Paris*
Por JORGE MAÑACH

VIMOS que la crónica social, en los países de aristocracia histórica, ha sido objeto de tipo excluyente, y por ende, muy sobria y recatada. En Cuba ha sucedido todo lo contrario: la crónica ha sido enfática, pormenorizada, caudalosa. En una palabra: de tipo muy inclusivo.

Nótese que no estoy intentando todavía un juicio de valor. Lo que quisiera es sólo definir, caracterizar. Este carácter de la crónica nuestra es tan evidente como su contrario lo es en las notas sociales de otros países. Pepín Rívero, sin mucha compunción ni atrición, nos ha confiado que, en el extranjero, las crónicas cubanas se comentan con cierta ironía, aludiéndose a nuestra gran zafra constante de adjetivos. Pero esto de los adjetivos no es sino una parte del cuento. Lo importante de nuestras reseñas de sociedad es, sobre todo, su abundancia de nombres y de sucesos y la hospitalidad, nimiedad y extensión que por tanto alcanzan. Intentemos ya precisar la causa de esto.

Aunque suene un poco pedante, aventuraré que se trata de un fenómeno de inercia histórica. Desde luego, las causas genéricas no hay para qué subrayarlas. Al hombre le gusta que le conozcan y conocer él a los demás. Hay una razón biológica, de defensa de la especie. El hombre,—como observa Hobbes, sin que nadie le haya desmentido muy eficazmente hasta ahora—, es el lobo del hombre. (Naturalmente, van incluidas las damas). Lo primero que le interesa es conocer su medio natural, y los competidores que va a encontrar en él. Conocerlos es ya un principio de defensa, y ser conocido de ellos es un modo de congratularse en principio, porque se detesta siempre lo extraño. Todos los gestos primarios de sociabilidad tienen ese sentido de defensa del individuo y por consiguiente de la especie. Según dicen, el mismo ademán de tender la mano, que hoy

48
63
Paris - Junio 7/32



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

5

49
64

es nuestro saludo elemental, se originó en el cuidado del hombre primitivo de mostrarle al prójimo que no llevaba en ella arma alguna para atacarlo.

No sé si estas precauciones del hombre frente al hombre, de la mujer frente a la mujer, desaparecerán cuando el mundo esté regido por una economía menos feroz que la que actualmente domina. En los tiempos primitivos, lo que determinaba la rivalidad entre los individuos no era la escasez de las fuentes de subsistencia, puesto que tenían frente a sí toda la pródiga naturaleza, sino la poca idoneidad de los medios humanos para explotar esa despensa natural. La civilización ha desarrollado mucho estos medios. Por eso somos más sociales. Pero, gradualmente, a lo largo del proceso histórico moderno, esos medios de subsistencia han venido siendo secuestrados para sí por una porción agresiva de la humanidad. Hoy día, el problema de vivir es sumamente cómodo para unos, y sumamente incómodo para todos los demás. Por eso la sociabilidad ha prosperado mucho en las clases ricas, en tanto que las clases despojadas se vuelven cada día más hurañas e intratables. El día en que a todos se nos asegure más equitativamente la pitanza, nos volveremos todos extraordinariamente civiles. Para ese día, probablemente, no hará ninguna falta la crónica social.

Porque la función de la crónica en el mundo capitalista es sencillamente destacar qué gentes están en condiciones económicas de ser finas—aunque no lo sean de hecho. En los países de tradición aristocrática la crónica conserva todavía el resabio de la organización nobiliaria o feudal. Los señores son señores por herencia, y como el linaje no se improvisa, la crónica no hace ningún esfuerzo por extender los límites precisos de esa aristocracia de sangre. De ahí que sea exclusiva, sobria y un mucho desdenosa de la arribazón democrática. Pero allí donde esa aristocracia de cuna no existe, o existe sólo como *quantité negligible*, el propósito más o menos consciente de la crónica consiste en ir reconociendo la beligerancia de los individuos para ingresar en la clase dominante a virtud del dinero de que disponen, o del poder con que cuentan por obra, directa o indirecta, del dinero.

Este funcionamiento típico de la crónica en el país capitalista se ve netamente en el más capitalista de todos: en los Estados Unidos. Las Social Notes van registrando las sucesivas promociones al rango millonario. Tener la partícula "Van" al comienzo del apellido o haber vivido por generaciones en la Back Bay bostoniense importa mucho; pero sólo supletoriamente. Lo decisivo para el ingreso en la crónica es un yacht. Desde que ese ingreso se consuma, el norteamericano con alternativa social está obligado a financiar la ópera local, a deshuesarse un poco la pronunciación, a la manera de Londres, y a conducirse con cierta finura. La crónica no es, pues, un registro de gente naturalmente fina, sino un aparato para refinarla, una especie de destilería periodística.

Sería injusto—y en esta injusticia se ha caído mucho entre nosotros, por un barato resentimiento,—decir que la crónica social nuestra se ha ajustado plenamente a ese tipo. No, no se ha ajustado: sencillamente, porque el nuestro no es un país propiamente capitalista, sino económicamente colonial. La crónica está aquí mucho menos directamente regida por el criterio económico. El espíritu que la gobierna, conserva todavía muchos resabios del criterio aristocrático español, es decir, del criterio feudal o de casta. De hecho, se combinan ambas normas de selección con una norma mucho más hospitalaria, que es el ingrediente psicológico peculiar que nosotros hemos aportado a la crónica y que luego examinaremos.

Durante la colonia, un cierto número de familias, que generalmente tenían ingenios y vivían en el Cerro y veraneaban en Guanabacoa, eran el núcleo rector de nuestra vida social y económica. Como todos los grupos directores, esta gente necesitaba de cohesión, necesitaba conocerse. Y como era escasa, podía resolver el problema por medio de las visitas.

La visita fué el antecedente de la crónica. En ellas se combinaban y comentaban los saraos, se recordaba el santo de la Condesa, las misas por el alma del Conde y el último vestido de malacoff que la niña recibió de París de Francia. La aristocracia colonial criolla mantenía un círculo cerrado, sin tangencias con la población burocrática, artesana o esclava, que bullía en torno, y conservando dentro de él aquel aire y aquellos humos con que la de Monpox—según nos ha contado la feliz memoria del doctor Zayas,—le devolvió a Luis Felipe de Orleans, por medio de su mayordomo social, las onzas que el príncipe quiso devolverle con su propio mayordomo, al advenir al trono.

Esto sólo podía suceder en la prehistoria de la crónica. El viernes continuaremos con la historia.

G L O S A S

Servicio de
Improvisación

June 12 / 37
Paris

Por Jorge Mañach

DURANTE la Colonia, la clase cubana dirigente en lo económico y social era una minoría exigua, a la que le bastaba y sobraba con el visiteo para mantener su comunicación y cohesión.

La independencia ocasionó el desplazamiento de esa minoría. Movilizada para y por la guerra las clases subordinadas de la población cubana, nuestra vida cobró en el 98 un marcado sesgo democrático. La fórmula de Martí—"la República con todos y para todos"—fué la consigna social de un nuevo tiempo, en que el poder político fué transferido a la masa, si no de un modo directo, por medio de sus coeficientes, los caudillos. A una minoría rectora fundada sobre el privilegio económico y en parte también sobre el privilegio de casta, sucedió otra, más numerosa, de procedencia popular. A la pseudo-nobleza colonial, la pseudo-burguesía republicana.

Este estado de hecho, legitimando ya en derecho político, necesitaba convalidarse también en derecho "social", tomada esta palabra en su sentido menos lato. Es decir, el hombre que mandaba en las oficinas necesitaba recibir también la alternativa de los salones. Y no sólo él, claro está, sino toda aquella parte, antes innominada, de la población cubana, que con la independencia había sido promovida a ciertos niveles de representación. Un nuevo elemento había entrado en la efectiva vida social, y ese elemento necesitaba que se le reconociese su personalidad, su peso, su influencia. Por su mayor número, por su falta de tradiciones urbanas y también porque ya el tono de la vida común se había hecho, desde fines del siglo, menos ritual y sedentario, no podía a ese nuevo elemento bastarle, para su comunicación y conocimiento, el viejo sistema del visiteo. Se hacía necesario un aglutinante distinto, un nuevo órgano, más comprensivo y flexible. Ese órgano fué la prensa nueva en general, y dentro de ella, en particular, la crónica.

¿No es significativo el hecho de que la crónica naciera entre nosotros precisamente en los momentos en que se iniciaba esa promoción de las clases populares? Todavía en los tiempos autonomistas de "El Figaro", la crónica de salones estaba muy regida por el espíritu excluyente, como que aún no había sido desplazada del todo la vieja minoría linajuda y propietaria de ingenios. Pero ya en ese mismo deseo de publicidad se evidenciaba el temor de un desplazamiento. Las gentes "bien" del patio criollo, juzgaban ya necesario recordarse mutuamente quiénes



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA